

segundo del honor que se da á Dios de la bienaventuranza de su compañero. ¿Qué pensais de la recompensa que Dios os promete en recompensa de vuestro celo en servirle? ¿Qué más podeis desear? Puesto que habeis abrazado el estado eclesiástico para servir así al Señor, animaos á proseguir vuestra empresa, en vista de tan inestimable recompensa. Haced actos de fé, de esperanza y de caridad, y decid al Señor:

Omnipotens sempiterne Deus, da nobis fidei, spei el charitatis augmentum; et ut mereamur assequi quod promittis, fac nos amare quod praecepis. Per Christum Dominum nostrum. Amén.

LECTURA. Imit. III. 49.

XX MEDITACION

Del amor de Dios.

DÉCIMO DÍA.

ORACIÓN PREPARATORIA.

1. *Preludio*.—Representaos una madre que ama tiernamente á su hijo pequeñito: miradla como vela á su lado mientras él duerme en su cuna. Si se despierta, le toma en sus brazos, le alimenta, para que dé unos pasos le sostiene para que no caiga; y en fin, le rodea de todas esas atenciones delicadas que una madre sabe encontrar para tratar á su hijo.

2. *Preludio*.—Pedireis á Dios la gracia de conocer su amabilidad para amarle, 1.º con un amor de preferencia á cualquiera otro bien, como lo merece su ser amabilísimo; 2.º con un amor de correspondencia, amándole tiernamente, como lo merece su corazón amantísimo: 3.º con un amor de gra-

titud, no olvidando nunca los innumerables beneficios recibidos de sus manos. Podeis dirigirle por la tarde las jaculatorias siguientes: «Yo os amaré. Señor, que sois mi fortaleza, mi apoyo, mi refugio y mi libertador. ¹ » «Mi amado es para mí, y yo soy para él. ² » «He encontrado al que ama mi alma, le tengo, y no le dejaré ir. ³ »

Esta meditación comprende tres puntos: 1.º Dios es amable en su ser, 2.º es amable en su corazón, 3.º es amable en los beneficios que derraman sus manos.

I

Considerad cuán amable es Dios por su divina naturaleza, es decir, en cuanto á que encierra en sí todo bien perfectamente, puramente, é incommutablemente.

I.—Dios contiene en sí todo bien, perfectamente. El bien és el imán que atrae naturalmente á sí los afectos de nuestro corazón. Mientras más grande es el imán material, más fuerza tiene para atraer hacia él el hierro: del mismo modo, mientras más grande es el bien, más propio es para atraer nuestro corazón. ¿Y dónde encontrareis jamás, un bien más grande que Dios, que encierra en sí todo el bien de las criaturas? *Deus meus et omnia*, decía el seráfico San Francisco. ¿Qué amais pues en las criaturas que no sea una gotita de agua recibida como participación del mar inmenso de las divinas perfecciones? En unos amais el saber, pero este saber no es más que ignorancia en comparación de la sabiduría divina; en otros amais la hermosura, pero esta hermosura no es sino fealdad ante la hermosura de Dios: amais el poder; pero el poder de una criatura no es sino debilidad al lado del poder divino. Amais la inocencia, la santidad, la bon-

¹ Diligam te, Domine, fortitudo mea: Dominus firmamentum meum, et refugium meum, et liberator meus. Psalm. XVII, 3.

² Dilectus meus mihi, et ego illi. Cant. II, 16.

³ Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam. Cant. III, 4.

dad, la clemencia, la justicia, la beneficencia, y no veís que estas cualidades de las criaturas son defectos, en comparación de las perfecciones de Dios! Toda cualidad creada, aunque no tuviese ninguna otra imperfección, tendría siempre la de ser limitada: sólo las perfecciones divinas son infinitas. Juntad en el pensamiento todo lo hermoso que habeis visto, leído, u oído decir; más todavía, lo que todos los hombres del mundo han visto, leído u oído decir; y luego podeis decir: «Dios no forma parte de esta inmensa reunión de hermosuras,» porque Dios es un ser infinitamente más grande, Doblad cien mil veces esta multitud de hermosuras, y todavía estais muy lejos de comprender las perfecciones divinas. Continúad doblando esta multitud inmensa de perfecciones, á cada instante, por toda vuestra vida, ó si quereis, hasta el fin de los siglos, y estareis siempre tan lejos de la idea verdadera de Dios, como lo estabais el día en que os habeis puesto á calcular. No podemos comprender; ni una sola de las perfecciones divinas; ¿y es posible que una gota de bien derramado en las criaturas, obtenga tan facilmente vuestro afecto, cuando un oceano ilimitado de perfecciones no puede conmovier vuestro corazón? Un bien infinito merece un amor infinito; y sois tan reservado para darle á Dios el vuestro que es tan limitado! Avergonzaos por vuestra conducta insensata y decid con San Agustín. »Demasiado tarde te he conocido, demasiado tarde te he amado. ¹ »

2.—Dios encierra en sí mismo todo bien, puramente, sin ninguna mezcla de imperfección. Las cualidades de las criaturas son siempre limitadas; y además sus perfecciones están mezcladas de muchos defectos: estos defectos, si se les considera con imparcialidad, son más propios para alejar nuestro amor que para atraerle. De aquí viene, que mientras más largo tiempo tratáis familiarmente aquí en la tierra con una persona amada, más disminuye el amor; porque los defectos que al principio son invisibles á la pasión, van descubriéndose poco á poco todos los días. Las personas casadas tienen

1 Sero te cognovi, sero te amavi.

mucha experiencia de esto; pues á veces encuentran un infierno en donde creían encontrar su paraíso terrenal: y creo que no se encuentra entre ellas ninguna que conserve para su consorte ese amor vivo que sentía en los primeros días de su unión. ¿Sabeis por qué? Porque las relaciones íntimas prolongadas por mucho tiempo han hecho descubrir los defectos que antes no se habían visto. Lo contrario sucede en las relaciones con Dios: mientras más se le trata, más se le conoce, y más crece también el amor que se le tiene; pues se encuentra siempre más amable el objeto en el cual no puede encontrarse ningún defecto. Esto es lo que experimentan las personas entregadas á la contemplación: á medida que se acostumbran á tratar familiarmente con Dios, descubren por experiencia que con el conocimiento de Dios crece en ellas la llama del amor divino: y los bienaventurados en el cielo, que conocen á Dios claramente, que lo ven cara á cara, tienen experiencia de esto, más que todos los otros. Un bien puro é infinito encadena la voluntad y no se puede resistir á su atractivo. Considerad sin pasión á esa persona á quien amais. En ella os agrada la ciencia, pero os desagrade el orgullo; amais en ella la liberalidad, pero no amais la jactancia; su poder os seduce, mas su espíritu dominante os irrita; alabais en ella la majestad, pero vituperais su gravedad afectada. En Dios, el saber es sin orgullo, la beneficencia sin jactancia, el poder sin abusos, la majestad, junta, sin afectación á una soberana amabilidad. En otros términos, todas las perfecciones de Dios, son sin una sola imperfección. Ahora bien, ¿cómo es que las criaturas con tantos defectos, bastan para cautivar vuestro corazón, siendo así, que Dios que carece de toda mancha de imperfección no llega nunca á ganarlo? Reflexionad en esta anomalía, y tomad la resolución de poner vuestros afectos en aquel que tiene tantos derechos á poseerlos.

3.—Dios encierra en sí mismo todos los bienes sin alteración posible. Las perfecciones de las criaturas están sujetas á muchos cambios; como vos mismo lo habeis experimentado muchas veces. La liberalidad de los hombres se agota;

pues aquel que más da, viene á quedarse después más pobre; por consiguiente, está menos en estado de dar: la hermosura se marchita con los años; semejante á la flor cuya vida es de corta duración, pierde en poco tiempo todo su esplendor. La santidad y la inocencia se pierden por el pecado; y en nuestro estado de naturaleza decaída, es moralmente imposible permanecer largo tiempo sin caer en alguna falta, por lo menos venial; pues para no faltar sería menester estar sostenido por unos auxilios extraordinarios de la gracia preveniente, cuyo privilegio no ha sido concedido, (que nosotros sepamos) mas que á la Santísima Virgen María (*Triden. Sess. 6, Can. 23*). Recorred del mismo modo las demás perfecciones criadas, y vereis que son accidentales; por consiguiente, pueden fácilmente alterarse y luego ceder su lugar á las imperfecciones contrarias. Nó sucede así con Dios; pues las perfecciones nó son en él accidentes, sino que las posee por esencia misma. La liberalidad no se disminuye en Dios, ni se empobrece cuando da, pues la fuente de sus tesoros permanece inagotable: tampoco hay peligro que se acabe su hermosura; pues Dios no envejece con los años; el instante indefectible de su eternidad nunca puede cambiar: su santidad tampoco puede perder nada de su esplendor siendo su voluntad la primera regla de las costumbres, y esta voluntad queda inmutable en el bien. Si continuais discurrendo así acerca de todas las demás excelencias divinas, vereis que son siempre esenciales á su divina naturaleza. Una vez reconocidas estas verdades incontestables, reconoced vuestra locura en dejar perderse en el amor de las criaturas, un corazón que es hecho para solo Dios. Pudiendo refrigeraros en una fuente durable, pura y abundante, vais á beber en los charcos de una turbia, fangosa y poco abundante. Dirigid todos vuestros afectos á Dios, y decidle que en lo de adelante quereis amarle, que no quereis amar otra cosa que á él, y que quereis amar á las criaturas solo por él.

II

Considerad que Dios es amable en su corazón lleno de amor. Debeis amar á Dios, porque él os ama, y esto, sin necesidad ninguna de su parte, así como sin mérito ninguno de la vuestra.

I.—Dios os ama, y el amor no se paga sino con el amor. Al que desea obtener la amistad de un hombre, el filósofo antiguo daba esta regla: «Si quieres ser amado, ama.»¹ Esta regla ha sido practicada por Dios; él os ha amado el primero: es tan antiguo su amor para con vos, que no le encontrareis el principio, pues os ha amado de toda eternidad. De toda eternidad ha dirigido sus miradas amantes hacia vos; os ha preferido á tantas criaturas posibles que podía crear en vuestro lugar, y que habrían correspondido mucho mejor á su amor. De toda eternidad decretó el crearos y concederos todos los bienes que os ha dado después: y este amor que os tiene, y que no ha tenido principio, tampoco tendrá fin; sino que durará por todos los siglos, si vos no poneis obstáculo correspondiendo con ultrajes á su amor. «La misericordia del Señor se extiende desde la eternidad, hasta en toda la eternidad.»² Dios compara su amor al de una madre que no puede olvidar al fruto de sus entrañas. «¿Una madre puede olvidar á su hijo, y no tener compasión del fruto de sus entrañas? Mas si ella lo olvidare, yo no te olvidaré.»³ Lo compara al amor de una nodriza que lleva en sus brazos á su niño pequeñito y le alimenta. «Vos chupareis su leche; os llevará á su seno, y os acariciará sobre sus rodillas.»⁴ Lo compara al de un padre que abraza y be-

¹ Si vis amari, ama.

² Misericordia autem Domini ab æterno, et usque in æternum. Psal. CII, 17.

³ Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui. Isa. XLIX, 15.

⁴ Ad ubera portabimini et super genua. Isa. XLVI, 12.

sa tiernamente en las mejillas á un hijo ingrato cuando vuelve á verlo. «Y se arrojó á su cuello y lo besó.»¹ Ama á todo el mundo, mas aunque su amor sea para todos los hombres, no disminuye el que os tiene á vos; os ama como si fuéseis el único objeto de su amor. «Él me ha amado y se ha entregado por mí.»² Seríais pues más duro que una roca si tanto amor no bastase á cautivar vuestro corazón.

2.—Dios os ama sin necesidad ninguna de su parte: porque ¿qué necesidad tiene de sus criaturas, cuando en sí mismo contiene todo bien, y cuando ha sido feliz de toda eternidad sin ninguna de ellas? «Vos sois mi Dios y no teneis necesidad de mis bienes.»³ Sin duda encontrareis en el mundo amigos que os quieran bien; pero quizá no encontrareis quien os quiera sin alguna mira interesada. Unos os amarán porque esperan de vos algún auxilio, otros, porque cuentan con que intercederéis por ellos, otros en fin, porque necesitan de vuestra protección; y rara vez, muy rara vez, hay en el mundo un amor de pura benevolencia; pues ordinariamente es un amor de concupiscencia. Es tan difícil encontrar entre los hombres un amor desinteresado, como es difícil encontrar un tesoro. «El que ha encontrado un amigo ha encontrado un tesoro.»⁴ Os engañais si creéis que ese amigo ama sinceramente vuestra persona: ama vuestras riquezas, ama vuestra protección, ama vuestro talento, ó se ama á sí mismo, cuando os manifiesta que os ama. El amor que Dios os tiene, no es movido por ningún pensamiento de interés, pues no tiene necesidad de nada: no puede darse otro motivo de su amor, que su inmensa bondad. Por un amor semejante, de sincera benevolencia, manifiesta Dios, que merece ser amado de vos, que lo quiere y lo manda. Vos deberíais suplicarle que os permitiera amarle, y él es el primero en exigir de vos este amor, como si tuviese necesi-

¹ Cecidit super collum ejus et osculatus est eum. Luc. XV, 20.

² Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me. Galat. II, 20.

³ Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non egēs. Psal. XV, 2.

⁴ Qui invenit amicum, invenit thesaurum, Eccl. VI, 14.

dad de vos. Después de un amor semejante, después de un precepto que os manda amarle, ¿resistireis todavía?

3.—Dios os ama sin mérito ninguno de vuestra parte: porque, ¿qué mérito teníais para ser amado de él, cuando estabais sepultado en los abismos de la nada? Habeis sido concebido en el seno de vuestra madre, y habeis nacido enemigo suyo; por consiguiente erais un rebelde, sin embargo, aun en estas condiciones, no ha apartado de vos las miradas de su misericordia: os ha lavado en las aguas del bautismo para renovar la hermosura de vuestra alma, manchada con la culpa original, para volver á estampar en vos la imagen de su rostro. En vuestra juventud, habeis vuelto á Dios el mal por el bien, los ultrajes por los beneficios; y tan extraña ingratitud no ha bastado á entibiar su caridad, Dios ha continuado derramando sobre vos sus beneficios, aun cuando merecíais ser castigado con los rayos de su justicia. Os llenais de admiración viendo á Asuero prendado de Esther su esclava, al grado de repudiar á la reina Vasti su esposa: y sin embargo, Asuero encuentra en Esther, muchos motivos para amarla; porque es prudente, sencilla, de muy bellas maneras. Nuestra naturaleza, no solamente era esclava de Satanás, sino que estaba cubierta de llagas horribles, cuando Dios en un exceso de amor tuvo el pensamiento de dar por ella su sangre y su vida en una cruz, dotarla, desposarse con ella y hacerla participante de su reino. «Cuando todavía éramos pecadores, Jesucristo ha muerto por nosotros.»¹ No teneis pues razón, ni fé, si no os quedais atónito ante un prodigio tan grande de amor: sí, os parece extraño que Dios os haya amado sin mérito ninguno de vuestra parte, y aun á pesar de vuestros grandes deméritos; y sin embargo, es mucho más extraño, la falta de correspondencia de que sois culpable para con Dios. Vuestra nada es amada por el Soberano bien, y el Soberano bien no es amado en recompensa por vuestra nada! ¿A quién pues, os pre-

¹ Cum adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est. Rom. V, 8 y 9.

gunto, reservais vuestro corazón, si no lo dais eternamente á Dios? Pedid perdón de vuestra frialdad, y de vuestras ingratiudes; pedid á Dios que cambie vuestro corazón, suplicadle que os dé un corazón sensible, dócil, en lugar de un corazón duro como la piedra que hasta ahora habeis tenido.

III

Considerad que Dios es amable en los beneficios que por sus divinas manos derrama. El amor que os tiene, nó se limita á algunos afectos estériles: tenía por fin obligaros á que os rindiéis á sus divinas voluntades; y para esto estableció como un sitio, puso como baterías al derredor de vuestro corazón, por sus innumerables beneficios en el orden de la naturaleza, en el orden de la gracia y en el orden de la unión hipostática.

I.—En el orden de la naturaleza, ¿cuántos beneficios no habreis recibido de la mano de Dios? El primer beneficio, y fundamento de todos los demás, ha sido el crearos á su imagen, daros un cuerpo dotado de todos los sentidos, una alma sana en sus potencias. Podíais haber nacido privado de la vista, del oído, de la palabra, estropeado, débil, enfermo, imbecil, atacado de demencia, incapaz de aprender las ciencias humanas ó los usos de la vida; también podíais haber nacido de padres bárbaros, sin cultura, de vil condición, ó de profesión deshonrosa. Si Dios hubiera sido menos liberal para con vos en dones de la naturaleza, seguramente no le habríais hecho tantos ultrajes prevalendoos de los dones recibidos de su mano bienhechora. Este beneficio de la creación que contais como un solo beneficio, aunque contiene en sí tantos otros, debeis multiplicarle tantas veces cuantos instantes habeis vivido, porque vuestra conservación equivale á una continua creación; pues si Dios no os hubiese conservado constantemente, habríais vuelto á caer en vuestra nada. Aquí también hay que hacer una nueva y más

grande multiplicación: recorred todas las criaturas sensibles que son creadas y conservadas á cada instante para vos. Dios conserva para vos los cielos, el sol, la luna, los planetas y todas las estrellas del firmamento; para vos también conserva la tierra, los bosques, la yerba, los trigos, los animales, y todos los demás seres animados é inanimados. Por esto tendreis quizá una idea de los beneficios con que Dios os ha colmado; y sin embargo, nó se limitan los beneficios divinos en el orden de la naturaleza: debeis contar también el concurso inmediato de Dios á cada una de vuestras operaciones naturales, como comprender, querer, ver, oír, hablar, escribir, andar; porque sin este concurso seríais como una rama seca y cortada, que no puede producir ni hojas ni frutos. Añadid el concurso de Dios á las operaciones de todas las demás criaturas que están á vuestro servicio: Dios trabaja para vuestra utilidad, haciendo mover los cielos, resplandecer los planetas, caer la lluvia, soplar los vientos; dando al fuego la propiedad de calentar, al agua la de refrescar, á la tierra, la de producir los frutos. Dios os mantiene por los alimetros, os conforta con los olores, os regala con los sabores, os recrea con los verdores, y os deleita con mil armonías. ¡Con qué cúmulo de beneficios os ha prevenido Dios, como autor de la naturaleza, para vencer la dureza de vuestro corazón!

2.—Todo esto es poca cosa en comparación de otra multitud de beneficios mucho más grandes, con que os ha colmado Dios, como autor de la gracia. No os ha dejado, como habría podido hacerlo, en el estado de pura naturaleza; sino que os ha elevado á un orden sobrenatural puramente gratuito. A fin de que pudieseis llegar más fácilmente á esta altura, os ha hecho nacer de padres cristianos, y en el seno de la Iglesia católica, os ha hecho instruir desde vuestra infancia en la verdadera fe; por la puerta del santo bautismo, os ha hecho entrar en la comunidad de los fieles, en donde gozais de los bienes espirituales de la Iglesia; de los sacramentos, de los sacrificios, de las indulgencias, de la comunión de

los santos, de la palabra divina, de las santas Escrituras, de los ejemplos de los justos, de la dirección de los padres espirituales. Estaríais privado de todos estos bienes, si hubierais nacido en una ciudad hereje, mahometana ó idólatra, en donde habríais bebido con la leche, las más malas doctrinas. Tres clases de gracias sobrenaturales que se os han concedido, merecen un recuerdo particular: primeramente los auxilios de la gracia preveniente, concomitante y subsecuente; tantas iluminaciones en el espíritu, tantas inspiraciones en la voluntad, tantos estímulos en el corazón, tantas ocasiones de hacer el bien, tantos auxilios interiores y exteriores. Luego la posesión habitual de la gracia santificante, que es una especie de participación de la naturaleza divina, por la cual, adoptado como hijo de Dios, habeis adquirido un derecho á la herencia del Reino eterno. Con la gracia, todos los hábitos de las virtudes teologales y morales, con los dones del Espíritu Santo: y finalmente, la remisión de los pecados, recibida tantas veces de la divina Bondad, y que os ha preservado tantas veces del infierno. Este es un beneficio más grande que si Dios os hubiese libertado del infierno después de que hubieseis sentido sus ardorosas llamas: así como fué un beneficio más grande para la Virgen Maria el haber sido preservada del pecado original, que para nosotros recibir el perdón de él después de haber contraído la mancha. «Si Dios no hubiera venido en mi ayuda, mi alma estaría en el infierno.¹» Contad si podeis todos los instantes de la eternidad; instantes que son sin número. y luego decid: «Tan numerosos así son los beneficios que Dios me ha concedido cuando me ha perdonado un solo pecado mortal.»

3.—Todos los beneficios enumerados hasta aquí, no son casi nada en comparación de aquellos que Dios nos ha concedido como autor de la unión hipostática: La Iglesia las reduce á cuatro clases en el himno que canta para la fiesta del

¹ Nisi quia Dominus adjuvit me: paulo minus habitasset in inferno anima mea. Psal. XCIII, 17.

Santísimo Sacramento: «Se dá al hombre por compañero, al nacer, por alimento en la Santa Mesa, por rescate en la cruz, y en su reino por recompensa.»¹ El primer beneficio es el de la Encarnación del Verbo. Dios, para obligaros á amarle, no se ha contentado con haceros semejante á él; sino que se ha hecho semejante á vos revistiéndose de carne humana. (Así Alejandro el Grande, para conciliarse el afecto de los Persas, se revistió del traje persa.) Si la delicadeza de este proceder no os conmueve, sois peor que los demonios; pues ellos nunca han recibido un favor semejante. «Él no toma de ninguna manera á los ángeles, sino que toma la raza de Abraham.»² Mas como por este beneficio, Dios se había comunicado inmediatamente á la sola humanidad de Jesucristo, quiso Jesús comunicarse él mismo inmediatamente á vos en la Eucaristía, agrandando así, el beneficio de la Encarnación, y por este don supremo, derramando en cierto modo sobre vos, todo el tesoro de sus riquezas. «Él ha como derramado las riquezas de su divino amor para con nosotros.»³ No contento con daros su Divinidad, tomó sobre sí las penas debidas á vuestra humanidad manchada por el pecado. Por vos se fatigó, trabajó, padeció, derramó su sangre preciosa, dió su vida que vale más que la vida de todos los hombres. ¿Qué más podía hacer? «No hay amor más grande que el dar su vida por sus amigos.»⁴ ¡Cuán grande será el amor, superior á todo exceso de amor, el dar su vida por sus propios enemigos! En fin, el amor que Dios os tiene, no está satisfecho si no se da á vos por toda la eternidad, si no hace de la Divinidad la bienaventuranza de vuestra alma, y de la humanidad del Salvador la bienaventuranza de vuestros sentidos. Un príncipe, para recompensar los

¹ Se nascens debet socium, convesens in edulium, se moriens in pretium, se regnans dat in præmium.

² Nusquam enim angelos apprehendit, sed semen Abrahæ. Hebr. II, 16.

³ Divitini divini sui erga nos amoris velut effudit. Trident. Sess. XIII, cap. 2

⁴ Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joan. XV, 13.

servicios que uno de sus súbditos ha prestado á la corona, le da un collar, una pensión, un feudo; Dios no solamente os da sus bienes, sino que se os da á sí mismo por toda la eternidad, os hace vivir de su vida, y ser feliz de su felicidad. ¡Oh caridad incomprensible! Si Dios quiere ser todo vuestro, ofreceos también todo á él; y decidle con San Ignacio:

Suscipe, Domine, universam libertatem meam, accipe memoriam, intellectum, et voluntatem meam. Quidquid habeo, vel possideo, tu mihi largitus est, id tibi totum restituo ac tue prorsus voluntati trado gubernandum. Amorem tui solum cum gratia tua mihi dones, et dives sum satis nec quidquam aliud ultra posco. Amen.

LECTURA. Imit. III. 5, 6, 21.

MEDITACIÓN

Para la clausura de los Ejercicios.

La primera meditación ha servido de preparación á los Ejercicios: esta última clausurará el retiro y servirá de estimulante para ayudaros á llevar una vida digna de los Ejercicios que habeis practicado. Lo mismo que la primera, se hará sobre cuatro textos de la divina Escritura.

I

«En la meditación, mi corazón se ha encendido dentro de mí.»¹ Refleccionaré seriamente en las meditaciones que he hecho, y examinaré lo que debe ser mi vida respecto á lo que he meditado. Según las meditaciones sobre las postrimerías, mi vida debe ser una continua solicitud de obrar mi salvación y llegar á ser perfecto. Para este fin he venido al

¹ In meditatione mea exardescet ignis. Ps. XXXVIII, 4.

mundo, y con este fin he tomado el estado sacerdotal. En virtud de las meditaciones sobre el pecado, mi vida debe ser una continua vigilancia para no pecar en ninguna manera: según las meditaciones de las postrimerías, mi vida debe ser una continua preparación para la muerte; pues debo procurar morir con la muerte de los justos, asegurarme una sentencia favorable del Juez, que me libre del infierno; debo evitar el purgatorio, ó por lo menos que sea su duración más corta. Según las meditaciones sobre la vida y Pasión de Jesucristo, mi vida debe ser una continua preocupación de seguir y de imitar á mi Salvador. En virtud de las meditaciones acerca de Jesucristo glorioso y de la gloria, debe ser mi vida un continuo esfuerzo para conquistar la eterna felicidad. Finalmente, según las meditaciones acerca de los beneficios y del amor de Dios, debe ser mi vida una continua práctica de amor á Jesucristo. He aquí lo que debe ser mi vida; yo me esforzaré en conseguirlo, y me confirmaré en mis buenos propósitos. El P. Vicente Carafa se servía de tres letras, una negra, una roja y una blanca, como materia de sus meditaciones: la letra negra le marcaba sus propios pecados; la letra roja designaba la Pasión del Salvador; la letra blanca, la gloria del paraíso. (Vida, lib. 2, c. II). Todas las meditaciones mencionadas arriba, pueden clasificarse bajo estos tres puntos: con la letra negra, las meditaciones sobre los pecados y las postrimerías; con la letra roja, las meditaciones que tratan de Jesucristo; y con la letra blanca, las meditaciones sobre la gloria y los beneficios de Dios. Las meditaciones sobre el fin del hombre son como la carta que lleva impresas las tres letras, mientras que las otras meditaciones están ordenadas para obtener el fin como otros tantos motivos y estimulantes, sea de temor, sea de imitación, sea de esperanza ó sea de amor. Cuando no tengais otras materias de meditación, podreis servirlos con mucha utilidad de las tres letras indicadas, y pensar con dolor en vuestros pecados, con devoción en los padecimientos de Jesucristo, y con gozo en la felicidad de la gloria.